

Antonio García Velasco

Encuentros inesperados



Antonio García Velasco
Encuentros inesperados

© Antonio García Velasco

ag27velasco@gmail.com

www.agvelasco.es

<https://www.blogger.com/>

Diseño y maquetación A.G.V.

Foto de portada cedida por

Antonio Porras Cabrera: Palacio de Montjuic, 1969

ISBN: 9798456061256

Sello: Independently published

Edita: KDP-Amazon

Encuentros inesperados

Esta historia, en contra de otras que he escrito, está basada en hechos reales, en el sentido de que se inspira en sucesos, situaciones, acontecimientos ocurridos o vividos por personas que me son, o han sido, cercanas.

*“Nada podrá descubrir quien pretenda negar lo inexplicable.
La realidad es un pozo de enigmas.”*

CARMEN MARTÍN GAITE

1.

Paquito tenía pocos años y jugueteaba alrededor de las mujeres que estaban hablando en la entrada de su casa. Como una lluvia breve y penetrante, le llegaron las palabras que, en aquel momento, con contundencia, decía su madre a la vecina: "...Desde luego que a mí me hace lo que te ha hecho y no dejaba que me la metiera nunca más... Es lo que debes hacer tú, que no vuelva a tocarte, ese hijo de la gran pu...ñeta... Que no es la primera vez que te la forma". No comprendió las palabras de su madre, ni el tono al pronunciarlas, ni los motivos de la conversación con María, ni las razones por la que ésta lloraba o hablaba con lágrimas en los ojos. Pero grabadas a fuego se le quedaron aquellas frases y nunca las olvidó. Siguió con sus juegos, pues aquello no iba con él, ni edad tenía para entenderlo.

Aunque de tiempo en tiempo las recordaba, nunca se atrevió a preguntar a su madre

las razones por las que aconsejaba de tal modo a María, la vecina de la casa contigua a la propia. Lo comprendería mucho más tarde. Supo que Mariano, el hombre que frecuentaba a aquella mujer, no volvió por allí después de aquel día en el que se escucharon las fuertes voces de una discusión y su madre, “Paquito, entra en la casa”, lo llevó del brazo, casi a rstras, al interior.

Dos meses después, María, su madre y su hermana Ana abandonaron la vivienda para trasladarse a Barcelona. Tardaría muchos años en comprender los verdaderos motivos de aquella huida.

—¿Se van, mamá?

—Sí, como tantos del pueblo. Aquí no hay trabajo y parece que en el norte sí. Por eso se marchan.

Ciertamente, otras familias, de las que formaban parte amigos de Paquito, se marcharon también. Durante décadas, aquellas migraciones fueron frecuentes. Él mismo, cuando tuvo edad, también marchó a buscar empleo en tierras catalanas. Consiguió trabajar y su inquietud lo llevó a continuar estudiando, pues ya estaba en posesión del título de bachi-

lterato superior: mañanas-tardes de trabajo y
tardes-noches de estudios y sacrificio.

2.

María la vecina estaba embarazada cuando, junto a su familia, abandonó el pueblo. Tuvo una niña a la que también llamó María, que cuidaba su abuela mientras iba a trabajar. Se habían instalado en un pisito alquilado y pronto, cuando les llegó el dinero de la casa malvendida del pueblo, concibieron la idea de comprar una vivienda suficientemente amplia.

María consiguió ahorrar lo necesario para alquilar un local y dedicarse a vender fruta. Ya no tendría que depender del trabajo en una fábrica, ni de ser criada en casas ajenas para mantener a los suyos. Ana también trabajaba junto a ella, en la frutería. Consiguieron, con el tiempo, comprar el piso soñado y montar un pequeño supermercado, que fue creciendo hasta convertirse en una gran galería comercial que, muchos años después, alquilarían a unos

chinos mientras ellas vivían de las rentas y los ahorros.

María había conocido a Lorenzo, hombre bueno de su tierra, aunque de pueblo distinto. No le importó a Lorenzo la existencia de la hija de su pretendida y la relación terminó en boda. Ana, por su parte, también se casó con Jordi Vila. María tuvo otra hija, Agustina. Y Ana, dos niños, a los que llamó Antonio, por su padre, y Agustí, por el padre de él.

3. Paco

Cuando conocí a María, hija de María, era una hermosa joven que estudiaba biología. Nos enamoramos perdidamente. Una tarde me llevó a su casa para que conociera a su familia.

Su abuela ya había muerto. Su madre y su tía eran dueñas de un supermercado y su padre —aún desconocía yo que era padrastro— se dedicaba a la construcción y hacía crecer sus bienes promoviendo edificios en un pueblo de la costa.

Al ver a la madre de María, me quedé indeciso y sobrecogido. Su cara me evocaba vivencias infantiles... Me percaté en aquel momento de lo mucho que se parecía a mi novia, pero con ésta no tuve la sensación de encontrarme en presencia de personas conocidas en mi infancia. ¿Será cierto que el destino me ha traído al hogar de aquella mujer

que se marchó del pueblo cuando yo era un niño de pocos años? ¿Es posible que sus rasgos se me hubiesen quedado tan marcados como para reconocerlos ahora? ¿Cómo tener la certeza de que se trata de la misma persona que yo conocí?

—María —dije a mi novia en la primera ocasión—, ¿de dónde es tu madre? Me has dicho que Lorenzo no es tu padre: ¿quién fue tu padre?

—Paco, no es un asunto del que le guste hablar a mi madre.

—Pero te habré hecho referencias al pueblo en el que nació, ¿no? ¿Habrás tenido ocasión de ver su documento nacional de identidad?

—Es tema tabú, Paco. Y nunca se me ha ocurrido lo del DNI.

No insistí, de momento. Por lo demás, me acogieron bien en aquel hogar. Al menos esa era mi sensación. Yo sí hablé aquel día del pueblo que me vio nacer, de los motivos que me han traído a esta tierra, de mi madre, viuda, de mis estudios, de mi trabajo...

4. María, madre

El novio de María me ha mirado como aquel niño, aquella tarde de primavera, cuando yo volvía del campo con Mariano. Habíamos estado por el Cerro del Palo y los olivares, por la orilla de la laguna y los recovecos de la cantera, ya en desuso. Al caer la tarde, antes de llegar a la vía del tren, fue satisfactorio amarnos en un trigal, a riesgo de ser vistos por alguien, incluso por el guarda de la casería, que, a veces, rondaba por aquellas veredas y lugares. Era como si los placeres prohibidos fuesen dobles placeres. Me entregué con pasión a los requerimientos del amor de aquel hombre que se me mostraba enamorado y, después, cuando le anuncié mi embarazo, comenzó a tratarme como a un trapo sucio. Me enteré tarde de que estaba casado. Venía al pueblo como vendedor ambulante... Su buen porte, su guapura, su trato amable... Caí en sus redes como un pajarillo en las trampas de los cazadores. Cuando nadie había en casa, le

abría las puertas de mi cuarto, lo acogía entre mis sábanas, le permitía que se solazara conmigo. Y yo con él. No puedo negarlo. En ocasiones mi madre, al regresar a casa, nos encontraba en conversación animada, tomando café.

—No me gusta que venga a la casa cuando yo no estoy aquí.

—¿Es que no te fías de mí, mamá?

—Sí me fio de ti, pero no de los hombres. Y menos de un forastero como ese Mariano.

—Más conocido que es Mariano en el pueblo no puede ser nadie. Vende especias, conservas, frutas, verduras y, a veces, pescado... Trae y lleva encargos. ¿Quién no conoce a Mariano?

—Tú misma... ¿Y si es casado?

—No, mamá. No es casado.

Equivocada estaba, pues tenía su mujer y tres hijos... Por ello le sentó tan mal el anuncio de mi embarazo. Por ello comenzó a tratarme como a una ruilla sucia... ¡Hombres! Y, ahora, viene este joven que me mira como aquel niño me miró aquella tarde. Y se me

amalgaman los recuerdos y las maldiciones. Aunque María es una buena hija y la quiero como a las niñas de mis ojos. Como quiero a Agustina, como a mí misma. Suerte que nos vinimos a estas tierras donde he conseguido rehacer mi vida y dar bienestar a los míos. Afortunada me siento pese a la yerba espinosa del pasado.